

jado un cuadro interesante. Figúrese el lector un paño mortuorio ondeando á modo de bandera en lo alto de las torres de Nuestra Señora: el cañon haciendo oír por intervalos cañonazos solitarios para advertir al imprudente viajero que se aleje; un cordón de tropas cercando la ciudad sin dejar salir ni entrar á nadie; las iglesias llenas de una multitud doliente: los sacerdotes rezando día y noche las oraciones de una agonía continua; el viático llevado de casa en casa con hachas y campanillas; las campanas haciendo oír sin cesar su lúgubre clamoreo; los frailes, con su crucifijo en la mano, llamando en las encrucijadas al pueblo á la penitencia, predicando la cólera y el juicio de Dios, manifestados sobre los cadáveres ya ennegrecidos por el fuego del infierno.

Luego las tiendas cerradas, el pontífice rodeado de su clero, dirigiéndose con los respectivos curas á la cabeza de su parroquia á tomar la caja de Santa Genoveva; las santas reliquias paseadas alrededor de la ciudad, precedidas de la larga procesion de las diferentes órdenes religiosas, cofradías, gremios de artesanos, congregaciones de penitentes, hermandades de mujeres veladas, alumnos de la universidad, curas de los hospicios, soldados sin armas ó con las picas vueltas; el *Miserere*, cantado por los curas, mezclándose á los cánticos de las jóvenes y de los niños; todos, á ciertas señales, prosternándose en silencio y levantándose para hacer oír nuevos lamentos.

Nada de eso: el cólera ha llegado entre nosotros en un siglo de filantropía, de incredulidad, de periódicos, de administracion material. Ese azote sin imaginacion no ha encontrado ni antiguos claustros, ni religiosos, ni bóvedas, ni sepulcros góticos: como el terror en 1793, se paseó con aire burlón á la luz del día, en un mundo enteramente nuevo, acompañado de su boletín, que referia los remedios que se habian empleado contra él, el número de víctimas que habia hecho, en dónde estaba, la esperanza que se tenia de verle concluir, las precauciones que debian tomarse para ponerse á cubierto de él, lo que se debía de comer, cómo se habia de vestir... Y todos continuaban ocupándose en sus negocios, y los teatros estaban llenos. Vi en la barrera borrachos, sentados delante de la puerta de la taberna, bebiendo junto á una mesita de madera, y gritando con el vaso en alto: «A tu salud, *Morbo!* Morbo en reconocimiento acudia, y aquellos caian muertos debajo de la mesa. Los muchachos jugaban al cólera, llamándole el *Nicolás Morbo* ó el *malvado Morbo*. El cólera tenia su terror; un sol brillante, la indiferencia de la multitud, el movimiento ordinario de la vida que continuaba por todas partes, daban á aquellos días de peste un carácter nuevo y otra especie de espanto. Sentíase un malestar en todos los miembros; un viento Norte, seco y frio, secaba á las personas: la atmósfera tenia un cierto sabor metálico que se agarraba á la garganta. En la calle de Cherche-Midi los furgones del depósito de artillería hacian el servicio de los cadáveres. En la calle de Sevras, completamente devastada, especialmente por un lado, iban y venian los carros de muertos de puerta en puerta, sin poder dar cumplimiento á las demandas. Gritaban por las ventanas: «¡Carro, aquí!» y el conductor contestaba que iba cargado y no podia servir á todos. Un amigo mio, Mr. Pouqueville, viniendo á comer á mi casa el día de Pascua, al llegar al *bulevar* del Monte Parnaso fue detenido por una serie de ataúdes, llevados casi todos en hombros. En aquella procesion vió el ataúd de una joven, sobre el que se ostentaba una corona de rosas blancas. Un olor á cloro formaba una atmósfera infestada que dejaba rastro en pos de aquel florido ataúd.

En la plaza de la Bolsa, en donde se reunian grupos de artesanos que cantaban la *Parisiense*, se vió muchas veces hasta las once de la noche desfilar entiers hacia el cementerio de Montmartre, á la clari-

dad de hachones de brea. El Puente-Nuevo estaba atestado de camillas cargadas de enfermos para los hospitales ó de muertos que habian espirado en el camino. Por algunos días cesó el derecho de peaje en el puente de las Artes; desaparecieron los puestos portátiles, y como soplab el viento Nordeste, todos los que vendian géneros y tenian tiendas cerraron sus puertas. Encontrábanse carruajes cubiertos con un toldo y precedidos de un recogedor de apestados, delante de los cuales iba un oficial del estado civil con una lista en la mano. Llegaron á faltar estos empleados, y fue preciso llamar otros de Saint-Germain, la Vilette y Saint-Cloud. Ademas los carros de muertos contenian cinco ó seis ataúdes, sujetos con cuerdas. Omnibus y fiacres servian para el mismo uso, y no era raro ver un cabriolé adornado con un cadáver tendido en la delantera. Algunos difuntos eran presentados en las iglesias, y un sacerdote rociaba con agua bendita á aquellos fieles de la eternidad reunidos.

En Atenas creyó el pueblo que los pozos inmediatos al Pireo habian sido envenenados, en París se acusó á los mercaderes de haber envenenado los vinos, los licores, los confites y los comestibles. Muchas personas fueron asesinadas, arrastradas por la calle y precipitadas en el Sena. La autoridad tuvo que echarse en cara avisos torpes ó culpables.

¿Cómo ese azote, cual chispa eléctrica, pasó de Londres á París? No se podria explicar. Esa muerte caprichosa se adhiere muchas veces á un punto del suelo, á una casa, y deja intactos los alrededores de aquel punto infestado; en seguida retrocede, y vuelve á coger lo que habia olvidado. Una noche me sentí atacado, y se apoderó de mí un escalofrio con calambres en las piernas; no quise llamar por miedo de asustar á Mad. de Chateaubriand. Me levanté; eché en la cama toda cuanto ropa habia en el cuarto, y metiéndome otra vez en ella, me sacó del apuro un sudor abundante. Pero me quedé destroncado, y en esa situacion de malestar me vi obligado á escribir mi folleto sobre los doce mil francos de la duquesa de Berry.

No hubiera sentido gran cosa el haberme ido llevado bajo del brazo de ese hijo primogénito de Visfíno, cuya mirada lejana mató á Bonaparte sobre su roca á la entrada del mar de las Indias. Si todos los hombres atacados de un contagio llegasen á morir, ¿qué sucederia? Nada: la tierra despoblada continuaria su camino solitario, sin necesidad de otro astrónomo para contar sus pasos que el que los midió desde la eternidad; no presentaria cambio ninguno á los habitantes de los demás planetas, los cuales la verian llenar sus funciones acostumbradas: sobre su superficie, nuestras pequeñas obras, nuestras ciudades, nuestros monumentos serian reemplazados por selvas entregadas á la soberanía de los leones: ningun vacío apareceria en el universo. Y sin embargo, habria de menos esa inteligencia humana que conoce los astros y se eleva hasta el conocimiento de su autor. ¿Qué sois vos, pues, oh inmensidad de las obras de Dios, en las que el genio del hombre, que equivale á la naturaleza entera, si llegase á desaparecer, no haria mas falta que el mejor átomo desprendido de la creacion!

#### LOS DOCE MIL FRANCOS DE LA DUQUESA DE BERRY.

PARÍS, calle del Infierno, mayo de 1842.

Mad. de Berry tiene su pequeño consejo en París como Carlos X tiene el suyo; recogianse en su nombre pequeñas sumas para socorrer á los realistas mas pobres. Propuse que se distribuyese entre los coléricos una suma de doce mil francos de parte de la madre de Enrique V. Escribióse á Massa, y no solo aprobó la princesa la disposicion de los fondos, sino

«Paris 18 de abril de 1852.

«Caballero: Estaba ausente de la alcaldía cuando se presentó en ella la persona que habeis enviado: esto os explicará el retraso que ha sufrido mi respuesta.

«No habiendo el prefecto del Sena aceptado el dinero que os habeis encargado de ofrecerle, me parece que ha trazado la conducta que deben seguir los miembros del consejo municipal. Imitaré el ejemplo del señor prefecto con tanto mas motivo, cuanto que creo conocer y participar euteramente de los sentimientos que han debido motivar su repulsa.

«No me haré cargo sino de paso del título de *alteza real* dado con alguna afectacion á la persona de que os constituís órgano: la hija política de Carlos X no es una *alteza real* en Francia, por que su suegro no es rey. Pero, caballero, nadie hay que no esté moralmente convencido de que esa señora obra con mucha actividad, y esparce sumas mucho mas considerables que la que habeis sido encargado de distribuir, para excitar disturbios en nuestro país y hacer estallar en él la guerra civil. La limosna que pretende hacer no es mas que un medio de atraer hacia ella y hacia su partido una atencion y una benevolencia que sus intenciones están lejos de justificar. No encontrareis, pues, extraño que un magistrado fuertemente adicto á la monarquía constitucional de Luis Felipe rehuse un socorro que procede de semejante origen y busque en verdaderos ciudadanos unos beneficios mas puros, dirigidos sinceramente á la humanidad y á la patria.

«Soy con la mayor consideracion, etc.

«F. CADET DE GASSICOURT.»

¡Ese ataque de Mr. Cadet de Gassicourt contra aquella señora y contra su padre político es muy digno! ¡Qué progreso de las luces y de la filosofía! ¡Qué indomable independencia! MM. Fleurant y Purgon no se atrevian á mirar el rostro de las personas sino de rodillas: Mr. Cadet dice como el Cid: «¡Nosotros nos levantamos entonces!» Su libertad tiene tanto mas valor, cuanto que ese *padre político* (en otros términos, el hijo de San Luis) se hallaba proscripto. Mr. de Gassicourt es superior á todo esto, y desprecia igualmente la nobleza del tiempo y de la desgracia. Con el mismo desden por las preocupaciones aristocráticas, me suprime el *de* y se apodera de él como de una conquista hecha sobre la nobleza. ¿Pero no habrá habido algunas antiguas rivalidades, algunas antiguas controversias históricas entre la casa de los Cadet y la de los Capet (Capetos)? Enrique IV, abuelo de ese *padre político*, que no es mas rey que esa señora es *alteza real*, cruzaba un día la selva de Saint-Germain: ocho señores se habian emboscado en ella para matar al Bearnés y fueron aprehendidos. «Uno de esos galanes, dice l'Etoile, era un boticario que pidió hablar al rey, y el que, habiendo preguntado S. M. de qué profesion era, respondió que boticario. — «Pues qué, dijo el rey, ¿se acostumbra aquí hacer profesion de boticario? ¿Accehais á los caminantes para?...» Enrique VI era soldado; el pudor no le contenia, y no retrocedia ante una palabra como no retrocedia ante el enemigo.»

Sospecho que Mr. de Gassicourt, en vista de su acrimonia contra el nieto de Enrique IV, sea nieto del boticario de la Liga. El alcalde del cuarto distrito me habia escrito sin duda con la esperanza de que cruzase yo el acero con él; pero no quiero cruzar nada con él: perdóneme si le dejo aquí una pequeña muestra de mi memoria.

Desde aquellos días en que habia yo visto pasar las grandes revoluciones y los grandes revolucionarios,

que hubiera deseado que se repartiese una cantidad mas considerable; su aprobacion llegó el día mismo en que envié el dinero á las alcaldías. Todo es, pues, exactamente verdadero en mis esplicaciones sobre el donativo de la desterrada. El 14 de abril envié al prefecto del Sena la suma íntegra para que fuese distribuida entre la clase indigente de la poblacion de París atacada del contagio. Mr. de Bondy no se hallaba en la casa de la ciudad cuando le fue llevada mi carta. El secretario general abrió esta, y no se creyó autorizado para recibir el dinero. Trascurrieron tres días, al cabo de los cuales me contestó al fin Mr. de Bondy que no podia aceptar los doce mil francos, porque se veria en eso, bajo una beneficencia aparente, una combinacion política, contra la que la poblacion parisiense protestaria en masa con su repulsa. Entonces mi secretario pasó á las doce alcaldías. De los cinco alcaldes presentes, cuatro aceptaban el donativo de mil francos, y uno lo rehusó. De los siete alcaldes ausentes, cinco guardaron silencio, y dos rehusaron. Al punto me vi sitiado por un ejército de indigentes; establecimientos de beneficencia y de caridad, artesanos de todas clases, mujeres y niños, polacos é italianos desterrados, literatos, artistas, militares, todos escribieron, todos reclamaron una parte del beneficio. Si hubiese tenido un millon, habria sido distribuido en pocas horas. Mr. de Bondy se equivocaba al decir que *la poblacion de París protestaria en masa con su repulsa*: la poblacion de París tomará siempre el dinero de todo el mundo. El azoramiento del gobierno era para causar risa: no parecia sino que ese péfido dinero legitimista iba á sublevar á los coléricos, á excitar en los hospitales una insurreccion de agonizantes para dar un asalto á las Tullerías, con ataúd batiente, clamoreo lúgubre y sudarios desplegados al mando de la muerte. Mi correspondencia con los alcaldes se prolongó por la complicacion de la repulsa del prefecto de París. Algunos me escribieron para enviarme mi dinero ó reclamarme sus recibos del donativo de la señora duquesa de Berry. Yo se los envié lealmente, dando el siguiente resguardo al alcalde del duodécimo distrito:

«He recibido de la alcaldía del duodécimo distrito la suma de mil francos, que aquella habia aceptado primero y me ha devuelto por orden del prefecto del Sena.

«PARÍS, 22 de abril de 1852.»

El alcalde del noveno distrito, Mr. Cronier, tuvo mas valor y conservó los mil francos, lo cual le volvió ser destituido. Le escribí este billete:

«29 de abril de 1852.

«Caballero: He sabido con el mayor sentimiento la desgracia de que el beneficio de la duquesa de Berry ha sido para vos causa ó pretexto. Tendreis para consolaros la estimacion pública, la conciencia de vuestra independencia y la dicha de haberos sacrificado á la causa de los desgraciados.

«Tengo el honor, etc.»

El alcalde del cuarto distrito era un hombre muy distinto; Mr. Cadet de Gassicourt, poeta farmacéutico, autor de composiciones ligeras, que escribió en su tiempo, en el tiempo de la libertad y del imperio, una agradable declaracion clásica contra mí prosa romántica y la de Mad. de Stael; Mr. Cadet de Gassicourt era el que tomó por asalto la cruz del pórtico de Saint-Germain-l'Auxerrois, y el que en una proclama sobre el cólera dió á entender que esos pícaros carlistas podian ser muy bien los envenenadores del vino, y á los que el pueblo habia sabido ya hacer justicia. El ilustre campeón me escribió la siguiente carta:

todo se había reducido á bien pequeñas proporciones. Los hombres que hicieron caer una encina, vuelta á plantar demasiado vieja para que echase de nuevo raíces, se dirigieron á mí pidiéndome algún dinero de la viuda para comprar pan; la carta de la comisión de los *condecorados de julio* es un documento digno de anotarse para enseñanza del porvenir.

«París 20 de abril de 1832.

(La contestación á Mr. Gibert-Arnaud, secretario gerente de la comisión, calle de San Nicasio, núm. 5.)

«Señor vizconde: Los individuos de nuestra comisión acuden con confianza á suplicaros tengáis á bien honrarlos con un donativo en favor de los condecorados de julio. Padres de familia desgraciados, en estos momentos de peste y de miseria, la beneficencia inspira la mas sincera gratitud. Nos atrevemos á esperar que consentiréis en dejar poner vuestro nombre al lado de los del general Bertrand, el general Excelmans, el general Lamargue, el general Lafayette y varios embajadores, pares de Francia y diputados.

«Os suplicamos que nos honreis con alguna contestación; y si, contra lo que esperamos, nuestra súplica no fuese atendida, tened la bondad de enviarnos la presente.

«Os rogamos, señor vizconde, que os digneis recibir el homenaje de nuestros respetuosos saludos.

«Los miembros activos de la comisión constitutiva de los condecorados de julio:

«El visitador, FAURE.

«El comisionado especial, CIPRIANO DESMAREST.

«El secretario gerente, GIBERT-ARNAUD.

«El adjunto, TOUREL.»

Yo no me cuidaba de perder la ventaja que me daba aquí sobre ella la revolución de julio. Distinguiendo de personas se crearía ilotas entre los infortunados, los cuales por ciertas opiniones políticas no podrían ser socorridos nunca. Apresureme á enviar cien francos á aquellos señores, con este billete:

«París, 22 de abril de 1832.

«Señores: os doy infinitas gracias por haberos dirigido á mí para que socorra á algunos padres de familia desgraciados. Me apresuro á enviaros la suma de cien francos, y siento no poderos ofrecer un donativo mas considerable.

«Tengo el honor, etc.

«CHATEAUBRIAND.»

Enviéronme al momento el siguiente recibo:

«Señor vizconde: Tengo el honor de daros las gracias y enviaros el recibo de la suma de cien francos que vuestras bondades destinan á socorrer á los desgraciados de julio.

«Salud y respeto.

«El secretario gerente de la comisión, GIBERT-ARNAUD.

«25 de abril.»

Así se ve que la duquesa de Berry dió limosna á los mismos que la expulsaron. Las transacciones muestran al descubierto el fondo de las cosas. Váyase á creer algo real en un país en donde nadie se cuida de los inválidos de su partido; en donde los héroes de la víspera son los abandonados del día siguiente; en donde un poco de oro hace acudir á la muchedumbre, como los pichones de una casa de labranza acuden á la mano que les echa el grano.

Quedábanme todavía cuatro mil francos de los doce. Diríjime á la religión, y el señor arzobispo de París me escribió esta noble carta:

«París, 26 de mayo de 1832.

«Señor vizconde: La caridad es católica como la fe, extraña á las pasiones de los hombres, independiente de sus movimientos; uno de los principales caracteres que la distinguen es, según San Pablo, no pensar el mal *non cogitat malum*. Ella bendice á la mano que da y á la mano que recibe, sin atribuir al generoso bienhechor otro motivo que el de hacer bien y sin pedir al pobre necesitado otra condición que la de la necesidad. Ella acepta con un profundo y sensible reconocimiento el donativo que la augusta viuda os ha encargado confiarle para ser empleado en el alivio de nuestros desgraciados hermanos, víctimas del azote que asola á la capital.

«Ella hará con la mas exacta escrupulosidad el reparto de los cuatro mil francos que me habeis entregado de su parte, de que mi carta es un nuevo resguardo, y de los que tendré el honor de enviáros un estado de su distribución tan luego como hayan quedado cumplidas las intenciones de la bienhechora.

«Tened á bien, señor vizconde, transmitir á la señora duquesa de Berry la expresión de agradecimiento de un pastor y de un padre, que cada día ofrece á Dios su vida por sus ovejas y sus hijos, y que invoca por todas partes los auxilios capaces de igualar á sus miserias. Su regío corazón habrá encontrado sin duda ya en sí mismo la recompensa del sacrificio que ella consagra á nuestros infortunios: la religión le asegura además el afecto de las divinas promesas consignadas en el libro de las bienaventuranzas para los *misericordiosos*.

«Se ha hecho inmediatamente el reparto entre los curas de las doce parroquias principales de París, á los que he dirigido la carta de que incluyo copia.

«Recibid, señor vizconde, la seguridad, etc.

«JACINTO, arzobispo de París.»

Admira siempre ver lo bien que la religión se presta al estilo, dando hasta á los lugares comunes una gravedad y conveniencia que se advierten desde luego. Esto forma contraste con el hacinamiento de cartas anónimas que se mezclan á las que acabo de citar. La ortografía de esas cartas anónimas es bastante correcta y buena la letra: son, hablando con propiedad *literarias*, como la revolución de julio. Son las envidias, los odios, las vanidades, escritorzuelos escudados con la inviolabilidad de una cobardía que, no mostrando el rostro, no puede hacersele visible con un bofetón.

#### MUESTRAS.

«¿Querrás decirnos, viejo republicanillo, el día en que quieras engordar tus pajarracos? Fácil nos será proporcionarte grasa de chuanes, y si quisieses sangre de tus amigos para escribir su historia, no falta en el lodo de París, que es su elemento.

«Viejo tunante, pregunta á tu malvado y digno amigo Fitz-James si la pedrada que ha recibido en la parte feudal le ha dado gusto. Atajo de canallas, ya os arrancaremos las tripas del vientre, etc. etc.»

En otro anónimo se ve bien delineado un cadalso en estas palabras:

«Ponte á los pies de un sacerdote y haz el acto de contrición, porque se quiere tu vieja cabeza para acabar con tus traiciones.»

El cólera dura todavía: la respuesta que yo dirigiese á un adversario conocido ó desconocido le llegaría quizá cuando estuviese tendido en el umbral de su puerta. Si estuviese, por el contrario, destinado á vivir, ¿en dónde me llegaría su réplica? Quizá en ese lugar de reposo, de que hoy nadie puede asustarse, especialmente los que hemos extendido nuestros años entre el terror y la peste, primero y último horizonte de nuestra vida. Basta: dejemos pasar los féretros.

#### CORTEJO FÚNEBRE DEL GENERAL LAMARQUE.

París, calle del Infierno, 10 de junio de 1832.

El cortejo fúnebre del general Lamarque ha traído dos jornadas sangrientas, y la victoria de la casi-legalidad sobre el partido republicano. Este partido, incompleto y dividido, ha hecho una resistencia heroica.

Se ha declarado á París en estado de sitio: esto es, la censura en la mayor escala posible, la censura á la manera de la Convención, con la diferencia de que el tribunal revolucionario se halla reemplazado por una comisión militar. En 1832 se ha mandado fusilar á los que ganaron la victoria en julio de 1830: se sacrificó á esa misma escuela política y á esa misma artillería de la guardia nacional que conquistaron el poder para los que ahora las persiguen, las reniegan y las licencian. Los republicanos tienen seguramente sobre sí la falta de haber preconizado medidas de anarquía y de desorden: ¿pero por qué no empleásteis brazos tan nobles en nuestras fronteras? Nos habrían librado del yugo ignominioso del extranjero. No habrían quedado en París cabezas generosas, exaltadas, fermentando y enardecándose contra la humillación de nuestra política exterior y contra la mentida fe de la nueva monarquía. Habeis sido inexorables vosotros, que sin haber participado de los peligros de las tres jornadas habeis recogido el fruto de ellas. Id ahora con las madres á reconocer los cuerpos de esos condecorados de julio, de quienes tenéis destinos, riquezas, honores. ¡Jóvenes, no todos obteneis la misma suerte en las mismas riberas! Teneis un sepulcro bajo la columnata del Louvre y un sitio en el depósito público de cadáveres, los unos por haber arrebatado, los otros por haber dado una corona. ¿Quién sabe vuestros nombres, sacrificadores y víctimas para siempre ignorados de una revolución memorable? ¿Se conoce la sangre en que se hallan cimentados los monumentos que los hombres admiran? Los trabajadores que construyeron la gran pirámide para el cadáver de un rey sin gloria, duermen olvidados en la arena al lado de la indigente raíz que sirvió para alimentarlos mientras trabajaban.

#### LA DUQUESA DE BERRY BAJA Á PROVENZA Y LLEGA Á LA VANDEE.

París, calle del Infierno, fines de julio de 1832.

Apenas sancionó la duquesa de Berry la medida de los doce mil francos, se embarcó para su famosa aventura. El levantamiento de Marsella se había frustrado: no quedaba mas que hacer una tentativa en el Oeste; pero la gloria vandeana es una gloria aparte, que vivirá en nuestros fastos. Sin embargo, las tres cuartas partes y media de la Francia han elegido otra gloria: objeto de envidia ó de antipatía, la Vandée es una oriflama venerada y admirada en el tesoro de San Dionisio, bajo la que la juventud y el porvenir no se alistarán ya en lo sucesivo.

Desembarcada *Madame* como Bonaparte en la costa de Provenza, no ha visto volar la bandera blanca de campanario en campanario: engañada en sus esperanzas, se halló casi sola en tierra con Mr. de Bourmont.

El mariscal quería hacerle pasar otra vez la frontera inmediatamente; pero ella pidió la noche para meditarlo: durmió bien entre las rocas, al ruido del mar, y por la mañana al despertarse tuvo un noble ensueño en su pensamiento: «Ya que estoy en el suelo de Erancia, no me iré de él: partamos para la Vandée.» Avisado Mr. de... por un hombre fiel, la tomó en su carruaje como si fuese mujer suya; atravesó con ella toda la Francia, y fué á dejarla en \*\*\*, en donde permaneció algún tiempo en un castillo sin ser reconocida de nadie, á excepción del cura del lugar: el mariscal Bourmont debía reunirse con ella en la Vandée por otro camino.

Instruidos de todo esto en París, nos era fácil prever el resultado. La empresa tenia otro inconveniente para la causa realista, y era descubrir la debilidad de esa causa y disipar ilusiones. Si *Madame* no hubiera bajado á la Vandée, la Francia hubiera creído siempre que había en el Oeste un campamento realista en reposo, como yo le llamaba.

Pero, en fin, todavía quedaba un medio de salvar á *Madame* y echar un nuevo velo sobre la verdad; era preciso que la princesa marchara inmediatamente, y que llegando con sus riesgos y peligros como un valiente general que va á pasar revista á su ejército y á templar su impaciencia y ardor; declarar que había acudido para decir á sus soldados que no era favorable todavía el momento de obrar y que volvería á ponerse á su frente cuando fuese propicia la ocasión. *Madame* habría mostrado una vez un Borbon á los vandeanos, y las sombras de los Catherineau, los Elbée, los Bonehamps, los Larochejacquelein, los Charette se habrían regocijado.

Reunióse nuestro comité, y mientras que estábamos deliberando, llegó de Nantes un capitán que nos dijo el punto habitado por la heroína. El capitán era un gallardo joven, valiente como un marino, original como un breton. Desaprobaba la empresa, porque la hallaba insensata; pero decía: «Si *Madame* no se va, se trata de morir, y punto concluido; luego, señores del consejo, haced ahorcar á Walter Scott, porque este es el verdadero culpable.» Yo fui de parecer de que se escribiesen nuestros sentimientos á la princesa. Mr. Berryer, que se disponía á ir á defender un pleito en Quimper, se ofreció generosamente llevar la carta y ver á *Madame* si podía. Cuando fue preciso redactar el billete, nadie se cuidaba de escribirle, y me encargué de ello.

Nuestro mensajero partió, y aguardamos los sucesos. Pronto recibí por el correo el billete siguiente, que no había sido cerrado, y que sin duda había sido leído por la autoridad.

Angulema 7 de junio.

«Señor vizconde: Había recibido y transmitido vuestra carta del viernes último, cuando el prefecto del Loira Inferior me invitó á salir de Nantes. Estaba en camino y á las puertas de Angulema, cuando me condujeron á presencia del prefecto; el cual me notificó una orden de Mr. de Montalivet para ser conducido de nuevo á Nantes, escoltado por la gendarmería. Desde mi salida de Nantes fue declarado en estado de sitio el departamento del Loira Inferior, de modo que por medio de esa traslación ilegal me someten á las leyes excepcionales. Escribo al ministro pidiéndole que me haga llamar á París, y le envío la carta por este mismo correo. Parece haber sido mal interpretado mi viaje á Nantes. Juzgad en vuestra prudencia si creéis conveniente hablar de ello al ministro. Os pido perdón por haceros esta súplica; pero no puedo dirigirme mas que á vos.

«Creed, señor vizconde, en mi antiguo y sincero afecto, así como en mi profundo respeto.

«Vuestro afectísimo servidor,

«BERRYER, hijo.

»P. D. No hay momento que perder, si quereis ver al ministro. Me dirijo á Tours, donde me hallarán todavía el domingo sus nuevas órdenes: puede trasmitirlas ó por el telégrafo ó por medio de un propio.»

En la contestacion siguiente hice saber á Mr. Berryer el partido que yo habia tomado:

«Paris 10 de junio de 1852.

»Recibi, caballero, vuestra carta, fechada en Angulema á 7 del corriente. Era ya demasiado tarde para ver al ministro del Interior, como deseábais; pero le escribí inmediatamente, acompañándole vuestra propia carta inclusa en la mia. Espero que la equivocación que ha dado margen á vuestra detencion sea re-

conocida muy pronto, y seais vos puesto en libertad y devuelto á vuestros amigos, en cuyo número os ruego me conteis. Mil recuerdos afectuosos, con la nueva seguridad de mi completo y sincero cariño.

»CHATEAUBRIAND.»

Mi carta al ministro del Interior decia así:

«Paris 9 de junio de 1852.

»Señor ministro del Interior: Acabo de recibir la carta adjunta. Como es probable que no pudiese veros tan pronto como lo desea Mr. Berryer, tomo el partido de enviaros su carta. Su reclamacion me parece justa: será tan inocente en París como en Nantes, y en Nantes como en París: la autoridad reconocerá esto, y haciendo justicia á la reclamacion de



LA DUQUESA DE BERRY.

Mr. Berryer, evitará dar á la ley un efecto retroactivo. Me atrevo, señor vizconde, á esperar todo de vuestra imparcialidad.

»Tengo el honor de ser, etc., etc.

»CHATEAUBRIAND.»

MI PRISION.

Paris, calle del Infierno, fines de julio de 1852.

Un antiguo amigo mio, Mr. Prisell, inglés, acababa de perder en Passey á su hija única, de edad de diez y siete años. Habia yo ido el 19 de junio al entierro de la pobre Elisa, cuyo retrato estaba acabando la linda Mad. Delessert, cuando la muerte dió en él su última pincelada. De vuelta á mi soledad, en la calle del Infierno, habíame acostado lleno de esos

melancólicos pensamientos que nacen de la asociacion de la juventud, de la belleza y de la tumba. El 20 de junio, á las cuatro de la mañana, un antiguo criado mio llamado Bautista, entró en mi cuarto, se acercó á mi cama, y me dijo:—Señor, el patio está lleno de hombres que se han colocado en todas las puertas, despues de haber obligado á Desbrosses á abrir la puerta cochera, y hay aquí tres señores que quieren hablaros.» Apenas dijo estas palabras, entraron los señores, y acercándose el jefe á mi cama, me dijo que traía orden de prenderme y llevarme á la prefectura de policía. Preguntéle si habia ya salido el sol, que era uno de los requisitos de la ley, y si era portador de una orden legal: nada me respondió acerca del sol, pero me presentó la siguiente notificación:

Copia

PREFECTURA DE POLICÍA.

«De órden del rey:

»Nos, consejero de Estado, prefecto de policía,

»En atencion á las noticias que se nos han comunicado,

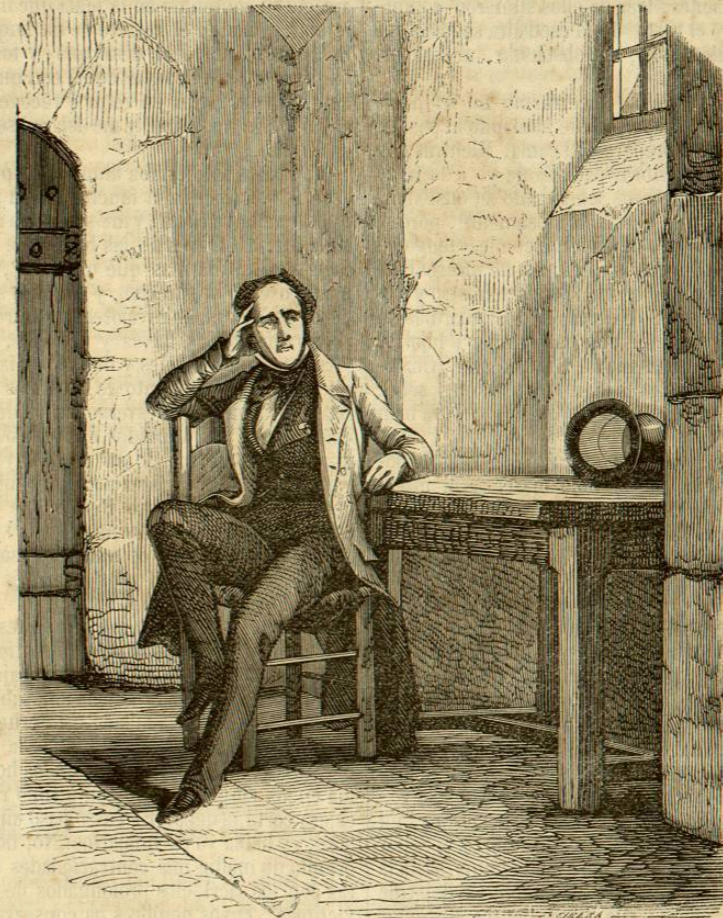
»En virtud del artículo 10 del código de procedimientos criminales:

«Requerimos al comisario de policía ó á otro, en caso de no poder este, para que se traslade á casa del vizconde de Chateaubriand y á todos los puntos donde sea necesario, acusado de complot contra la seguridad del Estado, á fin de buscar y ocupar todos los papeles, correspondencias y escritos que contengan provocaciones á crímenes y delitos contra la paz pú-

blica, ó sean susceptibles de exámen, igualmente que todos los objetos sediciosos ó armas que se hallen en su poder.»

Mientras que yo leia la declaracion del *gran complot contra la seguridad del Estado*, de que yo, miserable, era acusado, el capitán de los agentes dijo á sus subordinados:—«Señores, haced vuestro deber.» El deber de aquellos hombres era abrir todos los armarios, registrar todos los bolsillos, apoderarse de todos los papeles, cartas y documentos, leer estos, si es que podian, y descubrir toda arma, como se decia en el mencionado mandamiento.

Despues que leí este, dije, dirigiéndome al respetable jefe de aquellos ladrones de hombres y libertades:—«Ya sabeis que yo no reconozco vuestro gobierno, y protesto contra la violencia que me haceis; pero como no soy el mas fuerte, y no tengo el menor deseo



PRISION DE CHATEAUBRIAND.

e andar á puñadas con vos, voy á levantarme y á segueros: tened la bondad de sentaros.»

Me vestí, y sin tomar nada conmigo; dije al venerable comisario:—«Estoy á vuestras órdenes. ¿Vamos á pié?—No, señor; he cuidado de tomar un fiacre.—Mucha bondad es esa: partamos; pero permitidme que me despida de Mad. de Chateaubriand ¿Consentireis que entre solo en el cuarto de mi mujer?—Os acompañaré hasta la puerta, y allí os esperaré.—Muy bien.» Y bajamos.

Por todo el camino fui encontrando sus centinelas, habiendo colocado uno hasta en el bulevar junto á

una pequeña puerta que habia al extremo de mi jardín. Díjele al jefe:—«Muy inútiles eran todas estas precauciones, porque no tengo la menor intencion de escaparme.» Los agentes habian revuelto mis papeles pero nada habian cogido. Mi gran sable de mameluco; les llamó la atencion; pero se hablaron por lo bajo, y concluyeron por dejar el arma bajo un monton de *infolios* empolvados, entre los que yacia con un crucifijo de madera amarilla que habia yo traído de la Tierra-Santa.

Aquella pantomima casi me hubiera dado gana de reír, pero me hallaba cruelmente atormentado respecto

de Mad. de Chateaubriand. Todo el que la conoce sabe la ternura que me profesa, sus temores, la viveza de su imaginación y el delicado estado de su salud: aquel registro de la policía y mi prisión podían causarle un daño terrible. Ya había oído ella algún ruido, y la encontré sentada en su cama, escuchando toda asustada, cuando entré en su cuarto á una hora tan extraordinaria.

—¡Dios mío! exclamó: ¿estais enfermo? ¡Dios mío! ¿Qué sucede? ¿Qué sucede? Y le acometió un temblor. Abracela sin poder apenas contener mis lágrimas, y le dije:

—«No es nada: es que vienen á buscarme para dar mi declaración como testigo en un asunto relativo á una causa de imprenta. Dentro de algunas horas habré despachado, y vendré á almorzar con vos.»

El agente se había quedado junto á la puerta abierta, y veía aquella escena. Al ir á ponerme en sus manos, le dije:—«Ya veis, caballero el efecto de vuestra visita á una hora tan temprana.» Atravesé el patio con mis alguaciles: tres de ellos subieron conmigo en el fiacre: y el resto de la escuadra seguía á pié el carruaje. Así llegamos, sin obstáculo, al patio de la prefectura de policía.

El carcelero que debía encerrarme no se había levantado todavía: despertáronle llamando al postigo de su cuarto, y fué á preparar mi cama. Mientras que estaba ocupado en su obra, paseábame yo á lo largo del patio con el Sr. Leotand, encargado de custodiarme. Hablábame, y me decía amistosamente, porque era hombre honrado:—«Señor vizconde, tengo el honor de hacer memoria vuestra: os he presentado las armas muchas veces cuando érais ministro y veníais al cuarto del rey: yo servía en los guardias de corps; pero, ¿qué quereis? uno tiene mujer é hijos, y es preciso vivir.—Teneis razon. Sr. Leotand. ¿Cuánto os produce esto?—Eso es segun las prisiones, señor vizconde... Hay gratificaciones, y unas veces va bien y otras mal.»

Durante mi paseo veía yo volver á los agentes de policía en diferentes disfraces, como máscaras el miércoles de ceniza en la cuesta de la Courtille, los cuales venían á dar cuenta de los hechos y ocurrencia de la noche. Unos iban vestidos de vendedores de ensalada, revendedores, carboneros, ropavejeros, traperos y tocadores de organillo; otros llevaban pelucas, bajo las cuales aparecían cabellos de otro color; otros tenían barbas, bigotes y patillas postizas; otros arrastraban las piernas como inválidos respetables, y llevaban una brillante cinta encarnada en el ojal. Entraban en un patio pequeño, del que muy luego salían en otro trage, sin bigotes, sin barbas, sin patillas, sin pelucas, sin cestas, sin piernas de palo y sin los brazos en cabestrillos: todos aquellos pájaros del alba de la policía volaban y desaparecían al entrar el día. Dispuesta ya mi habitación, vino á avisarnos el carcelero, y el Señor Leotand, con sombrero en mano, me condujo hasta la puerta de la honrada morada, diciéndome al dejarme en manos del carcelero y sus dependientes:—«Señor vizconde, tengo el honor de saludaros; hasta la vista.» Cerróse tras de mí la puerta de entrada. Precedido del carcelero que tenía las llaves, y de sus dos dependientes, que me seguían para impedirme que volviese atrás, llegué por una estrecha escalera al piso segundo. Un pequeño corredor oscuro me condujo á una puerta que abrió el llavero, y entré tras de este en mi jaula. Me preguntó si necesitaba de alguna cosa, y le dije que almorzaria dentro de una hora. Advirtiome que había un café y una fonda que suministraba á los presos todo cuanto quisiesen, por su dinero. Rogué al guardian que me hiciese traer té, y si era posible, agua caliente y fría y servilleta. Dile veinte francos anticipados, y se retiró respetuosamente, ofreciéndome volver.

Luego que me quedé solo, examiné mi cuarto:

era mas largo que ancho, y su altura podía ser de siete á ocho piés. Las paredes, manchadas y desnudas, estaban emborronadas con prosa y versos de mis predecesores, y especialmente con garrapatos de una mujer que prodigaba una porción de injurias al justo medio. Un jergon con sábanas sucias ocupaba la mitad de mi cuarto: una tabla sostenida por dos maderos clavados en la pared y colocada dos piés mas alta que el jergon, servía de armario para la ropa blanca, las botas y los zapatos de los presos: una silla y un mueble indecoroso componían el resto del mobiliaje.

Mi fiel carcelero me trajo las servilletas y las vasijas con agua que le había encargado: supliqué que quitase de la cama las sábanas sucias y la manta de lana amarillenta, se llevase el cubo que me sofocaba, y barriese mi cuarto despues de regarlo. Quitadas todas las obras del justo medio, me afeité, me lavé perfectamente, y me mudé de ropa: Mad. de Chateaubriand me había enviado un pequeño lio, y arreglé su contenido en la tabla que había encima del jergon, como en el retrete de un buque. Despues de hecho esto, llegó el desayuno, y tomé mi té en mi mesa *bien lavada*, que cubrí con una blanca servilleta. No tardaron en venir á recoger los utensilios de mi festin matutino, y me dejaron solo debidamente encerrado.

Mi cuarto solo estaba alumbrado por una ventana enrejada, colocada á mucha altura: puse mi mesa bajo aquella ventana, y me subí para respirar y gozar de la luz. Al través de las barras de mi jaula de ladrón no divisaba mas que un patio, ó mas bien un paraje oscuro y estrecho, y edificios sombríos, alrededor de los cuales revoloteaban murciélagos. Oía yo el chirrido de las llaves y cerrojos, el ruido de los sargentos municipales y de los espías, los pasos de soldados, el movimiento de las armas, los gritos, las risas, las canciones desvergonzadas de los presos vecinos míos, los ahullidos de Benito, condenado á muerte por asesino de su madre, y de su obscuro amigo. Entre las exclamaciones confusas del miedo y del arrepentimiento de Benito, le oía pronunciar estas palabras:—«¡Ay madre mía! ¡Mi pobre madre!» Yo veía el lado opuesto de la sociedad, las llagas de la humanidad y las horribles máquinas que hacen mover este mundo.

Doy gracias á los literatos grandes partidarios de la libertad de imprenta que en otro tiempo me habían tomado por su jefe combatiendo bajo mis órdenes: sin ellos habría dejado la vida sin saber lo que era la prisión, y me habría faltado esta prueba. Reconozco en esa atención delicada el genio, la bondad, la generosidad, el honor, el valor de los hombres de pluma en los empleos. Pero, en último resultado, ¿qué es esa corta prueba? El Tasso pasó años en un calabozo, ¿y había yo de quejarme? No, no tengo el necio orgullo de medir mis contrariedades de algunas horas con los sacrificios prolongados de las inmortales víctimas, cuyos nombres ha conservado la historia.

Ademas, yo no era desgraciado: el genio de mis grandezas pasadas y de mi gloria de treinta años no se me apareció; pero mi musa de otro tiempo, pobre é ignorada, vino á abrazarme radiante por mi ventana: estaba encantada de mi misión, y completamente inspirada, y me hallaba como me había visto en mi miseria en Londres cuando los primeros sueños de René vagaban en mi cabeza. ¿Qué íbamos á hacer la solitaria del Pindo y yo? ¿Una canción á semejanza de ese pobre poeta Lovelace, que en las prisiones de los Comunes de Inglaterra cantaba á su amo el rey Carlos I; No, la voz de un preso me habría parecido de mal agüero para mi pequeño rey Enrique V: del pié de los altares es de donde deben entonarse himnos á la desgracia. No canté, pues, la corona caída de unas sienes inocentes, y me contenté

con lamentar una corona blanca tambien colocada sobre el féretro de una jóven: me acordé de Elisa Trissell, á quien había visto enterrar el día antes en el cementerio de Passi. Principié algunos versos elegiacos de un epitafio latino; pero me encontreé atascado en la cantidad de una palabra: me eché al punto de la mesa, sobre que estaba subido, apoyado contra los hierros de mi ventana, y corrí á llamar con fuertes puñadas á la puerta. Las cavidades inmediatas resonaron, y subió asustado el carcelero, acompañado de dos guardas: abrió mi calabozo y le grité como hubiera hecho Santeil:—«Un Gradus, un Gradus!» El carcelero guiñaba los ojos, y los gendarmes creían que yo revelaba el nombre de algunos de mis cómplices: de buena gana me habrían aplicado sus cuerdas. Explíqueme al fin, di dinero para comprar el libro, y fueron á pedir un Gradus á la policía asombrada.

Mientras que se ocupaban en mi comision, volví á subir sobre mi mesa, y cambiando de idea en aquel trípode, me puse á componer estrofas sobre la muerte de Elisa; pero en medio de mi inspiración, á eso de las tres, entraron en mi celda dos dependientes del juzgado, y me aprehendieron en las orillas del Permiso para conducirme á presencia del juez de instrucción que actuaba en un aposento oscuro enfrente de mi calabozo, al otro lado del patio. El juez, jóven golilla, presumido y entonado, me hizo las preguntas de estilo acerca de mi nombre, apellido, edad y domicilio. Negueme á contestar y firmar nada, no reconociendo la autoridad política de un gobierno que no tenía á su favor ni el antiguo derecho hereditario ni la elección del pueblo, puesto que la Francia no había sido consultada ni se había reunido congreso alguno nacional. Fui de nuevo conducido á mi ratonera.

A las seis me trajeron la comida, y yo continué volviendo y revolviendo en mi cabeza los versos de mis estancias, improvisando de vez en cuando un aire que me parecía encantador. Mad. de Chateaubriand me envió un colchon, una almohada larga, sábanas, una manta de algodón, velas y los libros que yo leía por las noches. Arreglé mi cuarto, y sin dejar de cantar:

Baja el féretro y las rosas purísimas,

quedó terminado mi romance de la jóven y el capullo.

«Baja el féretro y las rosas purísimas que un padre colocó sobre él, como tributo de su dolor; tú las llevaste, ¡oh, tierra! y ahora ocultas á la jóven y al capullo.

»¡Ay! No las vuelvas jamás á este mundo profano, á este mundo de luto, de agonía y desgracia: el viento quiebra y marchita, el sol quema y aja jóven y capullo.

»¡Tú duermes, pobre Elisa, tan ligera de años! Y ya no sientes la pesadez y el calor del día: ¡ya habeis acabado vuestras frescas mañanas, jóven y capullo!

»Pero tu padre, Elisa, se inclina sobre la tumba: la palidez de tu frente se ha comunicado á la suya. ¡Vieja encima! el tiempo ha segado sobre tus raíces á la jóven y al capullo.»

PASO DE MI CELDA DE LADRON AL GABINETE DE TOCADOR DE LA SEÑORITA GISQUET.—AQUILES DE ARLAY.

Paris, calle del Infierno, fines de julio de 1852.

Me principiaba á desnudar, cuando oí el sonido de una voz: abríse mi puerta, y se presentó el prefecto de policía acompañado de Mr. Nay. Dióme mil disculpas por la prolongación de mi arresto en el depósito,

y me anunció que mis amigos, el duque de Fitz-James y el baron Hide de Neuville, habían sido presos como yo, y que, atendida la multitud de gente que había en la prefectura, no se sabía dónde colocar á las personas á quienes la justicia creía deber interpelar.—«Pero, añadió, vais á venir á mi habitación, señor vizconde, y eligireis allí el cuarto que mejor os acomode.»

Dile las gracias, y le supliqué que me dejase en mi agujero: yo le había tomado ya cariño, como un monje á su celda. El prefecto no accedió á mis instancias, y me fue preciso desalojar. Volví á ver los salones que dejé desde el día en que el prefecto de policía de Bonaparte me hizo llamar para invitarme á salir fuera de Paris. Los señores de Gisquet me franquearon todas sus habitaciones, rogándome que designase las que deseara ocupar. Mr. Nay me ofreció la suya. Hallábame confundido con tanta cortesanía, y acepté una pieccecita apartada que caía al jardín y servía, á lo que creo, de gabinete de tocador á la señorita Gisquet: permitiéronme que conservase mi criado, el cual dormía sobre un colchon á la parte exterior de mi puerta, y á la entrada de una escalera estrecha que bajaba á la grande habitación de Mad. Gisquet. Otra escalera conducía al jardín, pero me fue vedada, y todas las noches se colocaba un centinela abajo junto á la verja que separa el jardín del malecon. Mad. Gisquet era la mujer mejor del mundo, y la señorita Gisquet muy linda y excelente música. Solo puedo tributar elogios á aquella familia, que no parecía sino que procuraba espíar las doce horas de mi primera reclusion.

Al día siguiente de mi instalación en el gabinete de la señorita Gisquet me levanté en extremo contento, acordándome de la canción de Anacreonte sobre el tocado de una jóven griega: me asomé á la ventana, y vi un jardinito muy verde, y una gran pared cubierta con barniz del Japon: á la derecha, en el fondo del jardín, había oficinas, en las que se veía á varios agradables escribientes de la policía, como hermosas ninfas entre lilas: á la izquierda el malecon del Sena, el rio y un trozo del antiguo Paris en la parroquia de Saint-André-des-Arts. Los sonidos del piano de la señorita Gisquet llegaban á mis oídos con la voz de los agentes de policía que llamaban á los gefes de division para transmitirles sus noticias.

¿Cómo cambia todo en este mundo! Aquel pequeño jardín inglés romántico de la prefectura era un pedazo arrancado al jardín francés de olmedillas recortadas á tijera, de la casa del primer presidente de Paris. Ese antiguo jardín ocupaba en 1580 el sitio de una porción de casas que limita la vista á Norte y Occidente, y se extendía hasta la orilla del Sena. Allí fue donde despues de las jornadas de las barricadas, visitó el duque de Guisa á Aquiles de Harlay: halló al primer presidente, que se estaba paseando en su jardín, y se sorprendió tan poco de su venida, que ni siquiera se dignó volver la cabeza ni detener su paseo comenzado, pues concluido este, y llegado al término de la arboleda, volvió, y al volverse vió al duque de Guisa, que se dirigía hácia él: entonces este grave magistrado, levantando la voz, le dijo:—«Es mucha lástima que el criado despida al amo: por lo demás, mi alma es de Dios, mi corazón de mi rey, y mi cuerpo está en manos de los malvados: que hagan de él lo que quieran.» El Aquiles Harlay que se pasea hoy en este jardín es monsieur Vidocq y el duque de Guisa, Coco Lacour: hemos cambiado los grandes hombres por los grandes principios. ¿Qué libres somos ahora! ¡Y qué libre era yo especialmente! Testigo, sino, ese buen gendarme que estaba al pié de mi escalera y se preparaba á dispararme al vuelo si me hubiesen nacido alas. No había ruiseñores en mi jardín; pero había en cambio muchos gulgueros ligeros, descarados y quejumbrosos que encuentra